

DOMINGO SEGUNDO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 2, 42-47): *Partían el pan en las casas.*

Salmo (117, 2-4.13-15.22-24): *«Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia»*

2ª lectura (1ª de Pedro 1, 3-9): *Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor, Jesucristo.*

Evangelio (Juan 20, 19-31): *Bienaventurados los que crean sin haber visto.*

San Pedro, en el inicio de su primera carta, alaba a Dios por su gran misericordia. Esa misericordia ha hecho posible que podamos renacer a la esperanza de una vida nueva cuyos horizontes no se limitan a este mundo, sino que se extienden a la salvación eterna. Llamamos a este día “*Domingo de la misericordia*”, pero para mucha gente esto se reduce a tratar de experimentar la misericordia divina a favor de ellos o de los suyos. Son pocos los que entienden que se trata de un día en el que al mismo tiempo que se pide, se vive o se disfruta la misericordia de Dios en favor de nosotros, se nos invita a salir a anunciar con palabras y obras la misericordia de Dios en favor de todo el resto de la humanidad. **¡El Crucificado ha resucitado!**

El Señor no se hizo presente solo para consolar a sus discípulos de la pérdida que juzgaban irreparable; se hizo presente para rehacerlos como comunidad de fe, llenarlos de su Espíritu y lanzarlos a compartir su misión. Nosotros somos un regalo de la misericordia divina para los que aún no han podido hacer su camino de fe, para los que se han desilusionado, para los que han perdido la esperanza; en una palabra, para todos.

El papa Benedicto XVI nos lo recordaba cuando escribía: *«No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva»* ^(Deus caritas est). La fe solo se puede vivir en primera persona. Creemos cuando experimentamos la cercanía del Señor.

Tomás no se conformó con lo que le contaban el resto de los discípulos. Por mucho que le insistieran, no podía creer de oídas. Él necesitaba ver para creer. Sabemos que las experiencias se pueden narrar..., pero eso no significa que se puedan transferir. Aunque los creyentes expresemos cómo es nuestra fe... eso no garantiza que nuestros interlocutores se conviertan en creyentes.

Ocho días después de la Pascua, estamos reunidos los discípulos, pero ahora las puertas están abiertas. Ya no nos encierran ni el temor ni la duda. Jesús, el vencedor de la muerte, se ha hecho presente entre nosotros. Él nos ha mostrado sus manos y su costado traspasado, y ahí contemplamos la calidad del amor de Dios por nosotros. Un amor que se entrega hasta la misma muerte para darle vida al amado. Un amor capaz de vencer a la muerte, que parece devorarlo todo. *«Como el Padre me envió, así os envió yo a vosotros».*

¡Que extraordinaria misión nos encomienda! Como el Padre lo envió, así nos envía ahora el Resucitado. No tenemos una misión distinta de la de Jesús, sino que es la misma que el Padre le encomendó a él. Para llevarla a cabo nos regala su Espíritu, a fin de que nos capacite para semejante empresa.

No es la enseñanza de una doctrina, y menos la mera exigencia de unos “*preceptos*”, lo que puede llevar a otros al encuentro con Jesús. Es sobre todo la alegría del creyente la que invita a los demás a acercarse a esa fuente inagotable de la misericordia divina. La vida de la primera comunidad cristiana, que se mostraba constante en la escucha de la enseñanza de los apóstoles, en la comunión fraterna, en la fracción del pan y en las oraciones, fue lo que facilitó al Señor aumentar cada día el número de creyentes: *«Vosotros no habéis visto a Jesús, pero lo amáis. Creéis y esperáis con certeza, y eso nos llena de alegría».*

Jesús, en el Evangelio, habla de los cristianos de todos los tiempos que creemos “*sin haberle visto*” o, cuando menos, sin haberle conocido como lo hicieron sus discípulos de primera hora. Podemos creer sin ver... pero no podemos creer sin encontrarnos con el Señor. La experiencia de encuentro con Jesús resucitado no es una exclusiva de sus coetáneos, sino que es una posibilidad real para todos nosotros.

Esta experiencia de fe es diferente en cada persona, pero orienta nuestra vida en el amor a Jesucristo y su Palabra, en el compromiso de vida por los demás, y en la participación en la vida de la comunidad cristiana. La fe en el Resucitado articula toda nuestra vida y nos ayuda a ver y reconocerle hoy.

En la actualidad nos hemos vuelto desconfiados, tenemos carencia de fe. Desconfiados en Dios, en los demás y hasta en nosotros mismos. Creer nos ayuda a ver que es posible el amor y la paz. Creer nos hace descubrir que es posible construir un mundo más fraterno. Creer nos sitúa ante el otro como con un hermano. Creer nos lanza a vivir el Evangelio y a estar en comunión con el Señor. Creer nos ayuda a vivir agradecidos por el don de la vida y de la vocación que Dios me ha dado. Creer nos hace miembros activos de la comunidad eclesial. Creer nos ayuda a vivir.

Hoy hacemos nuestra la confesión de fe de Tomás que, al reconocer al Maestro, le entrega todo su ser. La vida de fe supone poner toda nuestra existencia en el Señor y hacer que Él sea el norte de nuestra vida. Todas nuestras acciones, nuestros sentimientos, nuestras palabras y proyectos... las ponemos en sus manos: “*Señor mío y Dios mío... toma mi vida, haz con ella lo que quieras*”.